llegó en tropel á los locutorios ansiosa de ver por última vez á Margarita María.

Bajóse, en efecto, su cadáver al coro, y dos días enteros los asistentes estuvieron tocando á los despojos virginales rosarios, medallas y Crucifijos. Los testigos que han declarado en el proceso de canonización no saben cómo pintar esa ansiedad de la multitud, esa veneración entusiasta, ese recogimiento y el olor de santidad que exhalaba el cadáver de la virgen. El sacrificio había terminado, pero aún se desprendía del incensario el aroma purísimo que embalsamaba la iglesia.

Por la tarde del segundo día se reunió numeroso clero para celebrar los funerales. La virgen fué sepultada bajo las losas del coro en el mismo sitio en que estuvo arrodillada cuando se le apareció Nuestro Señor Jesucristo. La primera parte del gran drama del Sagrado Corazón, la parte íntima, había concluido; la segunda iba á principiar.

CAPÍTULO XVI

LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS COMIENZA Á PENETRAR EN EL MUNDO.—CÓLERA DE ALGUNOS.—ENTUSIASMO DE OTROS.

Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?

¿Por qué se han conmovido las naciones y los pueblos han formado vanos proyectos?

(SALMO II, 1.)

Venient, et adorabantur.

Vendrán y adorarán.

(SALMO LXXXV, 9.)

LA santa ha muerto!„ Ya no hay, pues, obstáculo para la gloria del Corazón de Jesús. Rompióse el vaso de alabastro, que su perfume se derrame. Esto fué lo que anunció la Bienaventurada, y esto es lo que va á suceder. Apenas la virgen había cerrado los ojos, se escaparon los secretos ocultos en el fondo de los monasterios de Paray, de Dijon, de Moulins y de Semur. El Padre Croisset publicó el *compendio de la vida* de la santa, y la incomparable *Memoria* de ésta se dió á la estampa. En un momento la noticia de las grandes revelaciones del Sagrado Corazón se esparció por Francia y por toda la Iglesia.

Natural era suponer que semejante revelación, ya que no fuese acogida con entusiasmo por todos, al me-

nos no encontraría oposición en parte alguna. Porque, en efecto, ¿qué cosa hay de más natural que la devoción al Corazón de Jesús? ¿Hay algo que brote más luminoso de las entrañas del cristianismo y de la humanidad? Siempre y en todas partes ha sido *honrado* el corazón del hombre; ¿cómo, pues, admirarse de que *adoremos* al Corazón del Hombre-Dios?

El corazón es el órgano del amor. Nace apenas, y antes de llevar la mano á la frente y decir: Yo pienso, el hombre la pone sobre su corazón y dice: Yo amo. ¿Es esto inspiración de Dios, sentido íntimo, ó movimiento instintivo? Sea lo que fuere de esta primera impresión, permanece invariable desde hace seis mil años. Consultad á los más grandes ingenios de la antigüedad: Moisés [1], Job [2], David [3], Salomón [4], Isaías [5]. Consultad á Homero, Eurípides, Teócrito, Ovidio [6], Plauto [7];

1 Deuteron., VI, 5. Diliges Dominum, Deum tuum ex toto corde tuo.—Ibid., X, 12; 9, XI, 13; XXX, 2, 1.—Jud. V, 9. Cor meum diligit principes.

2 Job., XXIX, 13; XXXI, 9.

3 Salmo LXXII, 26. Defecit caro mea et cor meum. Deus cordis mei et pars mea in aeternum.

4 Cant. IV, 9. Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa, in uno crine colli tui. Ibid., V, 2. Ego dormio, et cor meum vigilat. Prov., II, 21. Proebe, fili mi, cor tum mihi.

5 *Passim*, en más de 10 pasajes.

6 Virginibus cordi, gratoque forma sua est.

(Ov., *Medic fac*, 32.)

Molle, cupidineis nec inexpugnabile telis
Cor mihi, quodque levis causa moveret, erat.

(Ov., *Trist*, IV, 10-65.)

1 Corde amare inter se.

(Plaut., capt., II, 3, 60.)

Meum mel, meum cor, mea colastra.

(Id., *Poen.*, I, 2, 154).—*Expresiones usuales entre todos los autores*

para ellos, como para San Agustín, el Dante, el Tasso, Shakespeare, Corneille, Bossuet, Racine; para los autores sagrados y los profanos, el corazón es el asiento de las grandes afecciones. Se dilata con la dicha, se contrae con la tristeza, late más fuerte y acelerado con el entusiasmo, y muchas veces se rompe con el amor, como esos instrumentos que estallan bajo la pasión del grande artista que los pulsa.

Nada hay más divino en el orden de las cosas naturales, que la unión de nuestra alma y nuestro cuerpo. Si fuesen más perfectos los medios de investigación, hallaríamos en las más pequeñas sinuosidades del cerebro la relación de los más imperceptibles pensamientos de nuestro espíritu; de la misma manera, si una mano delicada, la de un ángel, por ejemplo, se posase sobre nuestro pecho, conocería los más ligeros movimientos de amor, bueno ó malo, elevado, puro, noble, mediano, miserable, que á cada minuto hacen palpitar nuestro corazón.

Por esto, en todo tiempo, en todo país, cuando se ha querido tener un emblema del amor, se le ha representado por medio de un corazón. Un poco menos en la antigüedad, bien lo sé, porque entonces el hombre amaba con los sentidos; mucho, por el contrario, y exclusivamente, en los tiempos cristianos, porque en ellos se ama con el corazón.

Sin embargo, la antigüedad, aunque hundida en el

latinos: Cordi esse, cordi habere. Véase Forcellini, *Lexicon totius latinitatis.*

Nunc demum sum liber, meum corculum.

(Id., *Cas.*, IV, 4, 14.)

sensualismo, no desconoció el amor puro é ideal, ni le fué desconocida la representación del corazón. Verdad es que casi nada encuentro entre los griegos, pueblo ligero, sino algunas sortijas y medallas en que el corazón está grabado como un recuerdo y como emblema [1]. Los egipcios, por el contrario, profundos pensadores, decían que en el hombre el corazón lo es todo; y en el escarabajo divino que llevaban sobre su pecho, había una mención especial del corazón, ese gran resorte del hombre [2]. Lo mismo era entre los romanos, y antes de ellos entre los etruscos, de quienes Cicerón decía que eran los más religiosos de todos los pueblos. Suspendían al cuello de todos los jóvenes joyas frecuentemente en forma de corazón, para recordarles que sin corazón no hay hombre [3]. Muchas veces, aun antes de la

1 Corazón. "Esta forma es antiquísima en las artes. Se la encuentra en la medalla de *Cardia*, en la Quersonesia de Tracia. Es un signo indicativo del nombre de la ciudad, que significa corazón.„ (*Diccionario de Bellas Artes*, por Millín, miembro del Instituto, París, 1838.)—"Recuerdo, dice el sabio arqueólogo M. Bulliot, haber visto hace tiempo un anillo (en la colección Jaubert, en Moulins-Engilbert) que tenía un corazón con una palabra griega. Desgraciadamente la colección ha sufrido grandes pérdidas.„ Hay también un espejo de bronce en la colección de M. Dubrée en Nantes, que representa á Eolo rodeado de alciones dentro de un marco bordado de corazones.

2 Noticia que se debe á M. Francisco Lenormant. Esta es una de las nuevas pruebas que proporciona la ciencia de las antiguas relaciones del pueblo judío con los egipcios; pues se sabe que en la Biblia el corazón es todo. El que desee verlo por sí mismo, no tiene más que buscar en una *concordancia* la palabra corazón.

3 "Nonnulli, credunt ingenuis pueris atributum, ut *cordis figuram in bulla an te pectus annecterent*, quam aspicientes, ita demum se homines cogitarent, si corde praestarent.„ (Macrob, *Saturn.*, 1, 6.) "Otros creen que se conocedió á los niños de condición libre el derecho de llevar sobre el pecho *un adorno en forma de corazón*, á fin de que al verlo se afirmasen en la idea de que no se es verdaderamente hombre sino por el corazón.„ (*Traducción de Ch. de Rosoy*. París, Didot, 1827.) "Se-

juventud, como si las madres temiesen que esta lección llegara demasiado tarde á sus hijos, ataban la joya á los cabellos de sus recién nacidos [1]. Los galos, tan buenos, tan ardientes, tan tiernos, y, Tácito lo dice, tan castos, no podían ser extraños á esta grande doctrina. Hay razones para creer que sus mujeres llevaban un corazón suspendido al cuello [2], y los esposos tenían en el dedo una sortija con dos corazones unidos [3].

gún otros, *esa bula en forma de corazón*, que los niños llevaban sobre el pecho, etc. (*Traducción nueva por Henri Decamps*, París, Panckouke, editor, 1845.) "Estas bulas, dice Montfaucon, estaban huecas por dentro para poner allí algunos preservativos, según Macrobio. Se encuentran muchas en forma de corazón y otras redondas... (Montfaucon, *Antigüedades explicadas*, t. III. En las láminas, Montfaucon presenta dos bulas en que está grabado el corazón, y tres que tienen la forma de éste. (Lámina XXXVII) Casale, en su obra de *Veterum Christian. Ritibus*. (Rom., 1644, p. 265), cita la estatua de mármol de un joven pagano que tiene un corazón sobre la bula de oro. Véase también á Caylus, *Colección de antigüedades*, t. IV. Bulas en forma de corazón. (Lámina XLIX, núm. 1, lámina L, núm. 1, lámina XC, núm. 1.)

1 "Se la daban también á los niños, pero entonces se la colocaba en la frente.„ (Montfaucon, *Antigüedades explicadas*, suplemento 46.)

2 Hay en el Museo de Besançon, un corazón que se encontró en un túmulo galo-romano de Estremoz (Doubs). Este corazón, formado de una especie de pasta, está rodeado de una filigrana de plata, y tiene un anillo para colgarle del cuello. Esta magnífica alhaja galo-romana se halló junta con unos brazaletes, cuchillos, etc. También en el Museo de San Germán en Laye, en la sala que lleva el nombre de *sala merovingiana*, se halla un segundo corazón semejante á aquél por la misma pasta y las mismas dimensiones, pero trabajado con menos delicadeza y buen gusto. En el Museo de Orleans hay una pequeña medalla de oro redonda, en la que se encuentra grabado un corazón: tiene un anillo que indica que esa medalla se llevaba al cuello. Estas tres alhajas preciosísimas son, como hemos dicho, galo-romanas, pero es difícil precisar la época á que pertenecen. Existe, por último, un corazón de bronce antiquísimo en el bosque de Compiègne (Museo de San Germán, sala de Marte).

3 Los anillos de oro y de plata encontrados en Veillais (Poitou) terminan en dos corazones engarzados. Estos anillos galo-romanos son muy numerosos. De ellos he visto dos ó tres en el Museo de Nantes y uno en

Al aparecer el cristianismo, lo que en la antigüedad no había sido más que un germen, se desplegó vigoroso al sol fecundo del Evangelio. Las bulas de oro que los jóvenes paganos llevaban al cuello llenas de amuletos, se las llenó de reliquias de santos y de mártires, ó bien se grabó en ellas su imagen y se las dió la forma de corazón [1]. Esta forma, esta imagen del corazón se multiplicó en todos los objetos, grabándola al pie de los vasos sagrados [2], y en la corona de los reyes [3], pintándola ó bordándola en las telas más preciosas de la Edad Media [4], grabándola en los anillos nupciales [5], suspendiéndola en

la colección particular de M. Parenteau. ¿Son cristianos estos anillos ó paganos? Difícil es aclararlo, porque los objetos grabados en ellos están ya casi borrados.

1 Véase respecto del uso de los cristianos de llevar al pecho *Agnus Dei* hechos en forma de corazón con la cera del cirio pascual, la interesante obra de Fauceroli. *(La bulla d' oro de Fanciulli romani Romae,* 1732, pág. 14.) Véase también en el Museo de Cluny *(bijoux trouvés dans le Seine, quai des Orfévres)* un nuevo ejemplo de corazones llevados al cuello (siglos XII y XIII.) Ordinariamente el corazón es hueco y en medio tiene la imagen de algún santo.

2 Entre esos vasos el más notable es el que se llama cáliz de Gourdon (en el Museo de medallas de París). Realmente no es un cáliz, sino más bien un vaso de santos óleos para la confirmación. Sobre el platillo se ve una cruz latina, cantonada con cuatro corazones, dos de granates y dos de turquesas. El mismo vaso está orlado de una guirnalda de corazones. Este precioso monumento se encontró, junto con algunas monedas de oro del siglo VI, de 518 á 527, bajo el reinado del emperador Justino.

3 No puedo afirmar esto, porque no me consta de vista, pues no conozco el original, sino sólo un dibujo. Parece que sobre la célebre corona de hierro que está en Monza, corona de estilo bizantino adornada de esmaltes, hay cuatro corazones colocados en los cuatro ángulos. (Du Sommerad. *Las Artes en la Edad Media*. Album, 10.ª serie, lámina XIV, número 6.)

4 Véanse las ricas telas de seda conservadas en Aix-la-Chapelle.

5 Véanse los de los siglos XIV y XV. Hay muchos de ellos, todos con dos corazones unidos.

los altares y colocándola en los sepulcros como símbolo de un amor que sobrevive á la muerte [1].

Bien pronto apareció la orden de caballería, y como necesitaba un signo misterioso para ocultar y revelar á la vez el caballero á quien el casco cubría el rostro, se criaron los blasones y en el acto apareció en ellos el corazón. Se ostenta bajo mil formas distintas en los escudos de armas de las más antiguas familias de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica, etc.; un corazón herido, un corazón inflamado, dos corazones unidos; un corazón coronado, un corazón traspasado por una flecha, etc., revelación discreta del corazón delicado, sensible, amante, herido, dichoso, triste, que palpita bajo la pesada armadura de hierro.

Y ciertamente, los antiguos no se detuvieron en este camino; más grandes homenajes, más vivos, más brillantes iban á demostrar lo que es el corazón en el pensamiento de la humanidad. En realidad, eran muy frías esas representaciones del corazón en oro, en plata y en piedras preciosas. Porque cuando muere un hombre notable, un héroe, un bienhechor, un santo, ¿no se entreabre respetuosamente su pecho? ¿Por qué no se había de extraer de él su corazón, esta reliquia sagrada del amor, para embalsamarlo con todos los perfumes del reconocimiento y guardarlo como un recuerdo? Así se hizo, en efecto, por todas partes. Se conserva el corazón del hombre, hasta se le lleva en triunfo; se le consagran sepulcros especiales; y apenas habrá algún templo célebre que no conserve una prueba sublime de esa veneración del hombre al corazón humano.

1 Véase *Diccionario de las antigüedades cristianas*, por el abate Martigni.—*Corazón*.

Poco después se abrió paso un pensamiento mucho más delicado. Ya cerca del sepulcro, buscando lo que podría dejarse á los que se ha amado tiernamente, desdeñando el oro y la plata, buenos cuando mucho para remunerar servicios inferiores, el hombre concibió el pensamiento de dejar su corazón á quienes fueron más queridos. Esto era legarles, bajo una forma simbólica, el amor que le había consumido. La incineración no había permitido á los antiguos este legado encantador y sublime, que se ha hecho general en los tiempos cristianos. Los reyes, las reinas, los príncipes, los obispos, aun los mismos santos, han hecho tales donaciones, y cuando se recorren nuestras viejas basílicas, nuestros antiguos templos, San Dionisio, por ejemplo, ó Fontevrault se encuentran á cada paso urnas de mármol, de alabastro ó de bronce, que encierran el corazón de un rey, de una reina ó de un príncipe, los cuales, poseyendo tesoros inmensos, han declarado que lo que más precioso podían legar á los que habían amado era su corazón.

He aquí la historia de la humanidad. Con razón ó sin ella, hace seis mil años está creyendo que si hay algo que tenga un poco de valor en esta pobre tierra, es el amor; y que el santuario del amor, su tabernáculo, su vaso consagrado, es el corazón. La humanidad desprecia todo lo demás y sólo estima esto. Lleva en triunfo, no el polvo de la espada del hombre, ni el de su cetro, ni aun el polvo de su ingenio; en toda la faz de la tierra sólo ha conducido triunfante el polvo de su corazón. Y á medida que este corazón ha sido benéfico, noble, elevado y puro, que ha palpitado más por los otros que por sí mismo, mayores han sido y más excepcionales los

honores que se le tributan. Si esto es así, ¿qué tiene entonces de sorprendente que el día en que apareció un corazón que sobrepuja á todos los corazones, se haya sentido por él tan inefable entusiasmo? Si hubiera sido simplemente el corazón de un hombre, se le habría llevado en triunfo; pero era el Corazón del Hombre-Dios, y para él era poco el homenaje, se necesitaba la admiración.

Surge aquí un problema de los que hay innumerables en la historia de la mísera humanidad. Cuando sólo se trataba de amar, de honrar y de exaltar el corazón del hombre, no se opuso á ello objeción alguna; pero tratándose del Corazón de Jesús, encarnizada fué la oposición.

¡Cosa singular! Las ideas más grandiosas, las más legítimas concepciones, aun las más encantadoras, son repelidas si la religión las consagra. ¿Qué cosa hay más bella, más luminosa que la unidad de la especie humana, la fraternidad de todos los hombres y de todos los pueblos? Supóngase que la Biblia enseñase lo contrario; ¡con qué indignación, con cuáles esfuerzos de la ciencia se establecería que todos somos hermanos! Pero no; por lo mismo que la Biblia lo dice, se ha agotado el ingenio y la ciencia para sostener que nada tenemos de común con los negros; pero en cambio somos descendientes de los monos. Semejante fué lo que sucedió al tratarse del Corazón de Jesús. Apenas este signo dulcísimo y augusto comenzó á levantarse en el mundo, cuando hubo una especie de sublevación universal. Jansenistas, racionalistas, espíritus fuertes, academias, y hasta sacerdotes y obispos tomaron la pluma para combatir tan tierna y profunda devoción.

Decíase por algunos que se trataba de una nueva devoción; ¡como si la Iglesia hubiese prohibido y pudiera prohibir las devociones nuevas! Una devoción que no es dogma, es un acto de amor. Exigir de la Iglesia que no tenga nuevas devociones, es pedir á la hoguera ardiente que no envíe al viento nuevas chispas; es pedir al corazón que ama que se limite siempre á unas mismas manifestaciones de ternura, y que no avive jamás por una expresión nueva el inmutable amor que arde en el fondo de su alma. Hace más de mil ochocientos años que Jesucristo murió en una cruz y que la Iglesia se arrodilla á sus pies, le ama y le adora; mas no se crea que siempre y en todas épocas le haya manifestado de la misma manera ese amor. Hubo tiempos en que besaba de preferencia sus pies, que tanto se fatigaron por los hombres, y otros, en que lo que más profundamente conmovía á las almas era la frente coronada de espinas y las santas mejillas surcadas de lágrimas. Hoy subimos hasta su pecho, y besamos su corazón á fin de abrasarnos más y más en su amor. ¡Singulares gentes son las que atacan á la Iglesia! Si nos detenemos, si nos encerramos en nuestros dogmas inmutables, nos califican de momias; si seguimos adelante, si nuestro amor se desborda, dicen que inventamos novedades! ¡Es que ignoran así y blasfeman del doble y sublime carácter de la Iglesia: la inmutabilidad de la fe y el desenvolvimiento progresivo del amor!

¡Algunos aun se atrevían á decir que era absurda aquella devoción! ¡Absurdo honrar el corazón de un padre! ¡Amar, venerar, conservar con piadoso respeto el corazón de una madre! A tal grado se indignaban de ver que el Corazón del Hombre-Dios recibía adoraciones de la cristiandad, que llegaron hasta negar el amor al corazón del hombre. Con el fin de poder perseguir á ese órgano nobilísimo, aun en el mismo pecho de Jesucristo, se atrevían á sostener que la humanidad entera ha estado en un error al colocar en el corazón la fuente de todos los afectos. Llamaban al corazón del hombre *pequeño trozo de carne*, un simple *músculo* [1], y en el cuadro del Sagrado Corazón no veían más que un *gran hígado radiante* [2], indicando con este furor que habían recibido un golpe mortal.

Por último, otros, los más delicados, reputaban esta devoción como muy material. Adorar la carne, la materia, decían, ¡qué degradación! ¡Como si fuese posible separar el Corazón material de Jesucristo del fuego sagrado de su amor, al que tributamos nuestras adoraciones y nuestros homenajes! ¡Como si el sagrado Corazón del Salvador fuese más material que sus pies y sus manos, que siempre hemos besado; su corona de espinas que llevamos en triunfo; la cruz, bañada con su sangre preciosísima y ante la cual, por esta razón, nos prosternamos! No; lo que ellos rehusaban adorar no era la carne; se aproximaba el día en que estos *espíritus* tan delicados la irían á adorar viva é inmunda en la catedral profanada de Nuestra Señora! Lo que le espantaba era la carne paciente, atormentada y muerta. Fingían suponer que adorar ésta era una degradación; pero realmente comprendían que el tributar homenajes á la carne adorable de Jesucristo, era la condenación de todos los placeres sensuales, la apoteosis del amor puro y la glorificación del sacrificio; es decir, era honrar lo que

1 *Historia de las sectas religiosas*, tomo II, pág. 246.
2 Ibid., pág. 269.